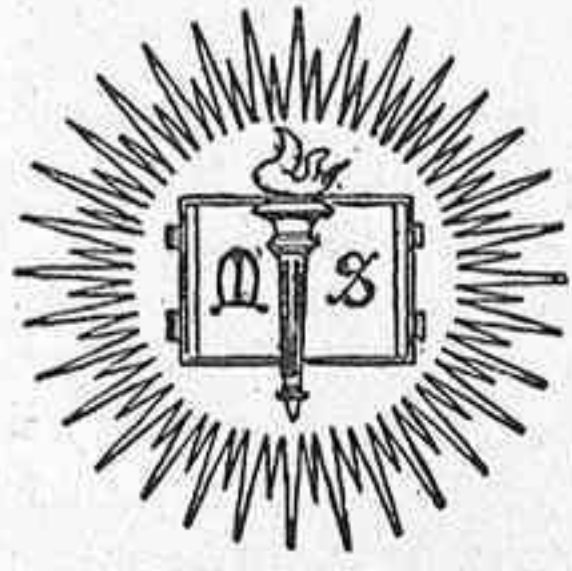


La Ilustración Artística

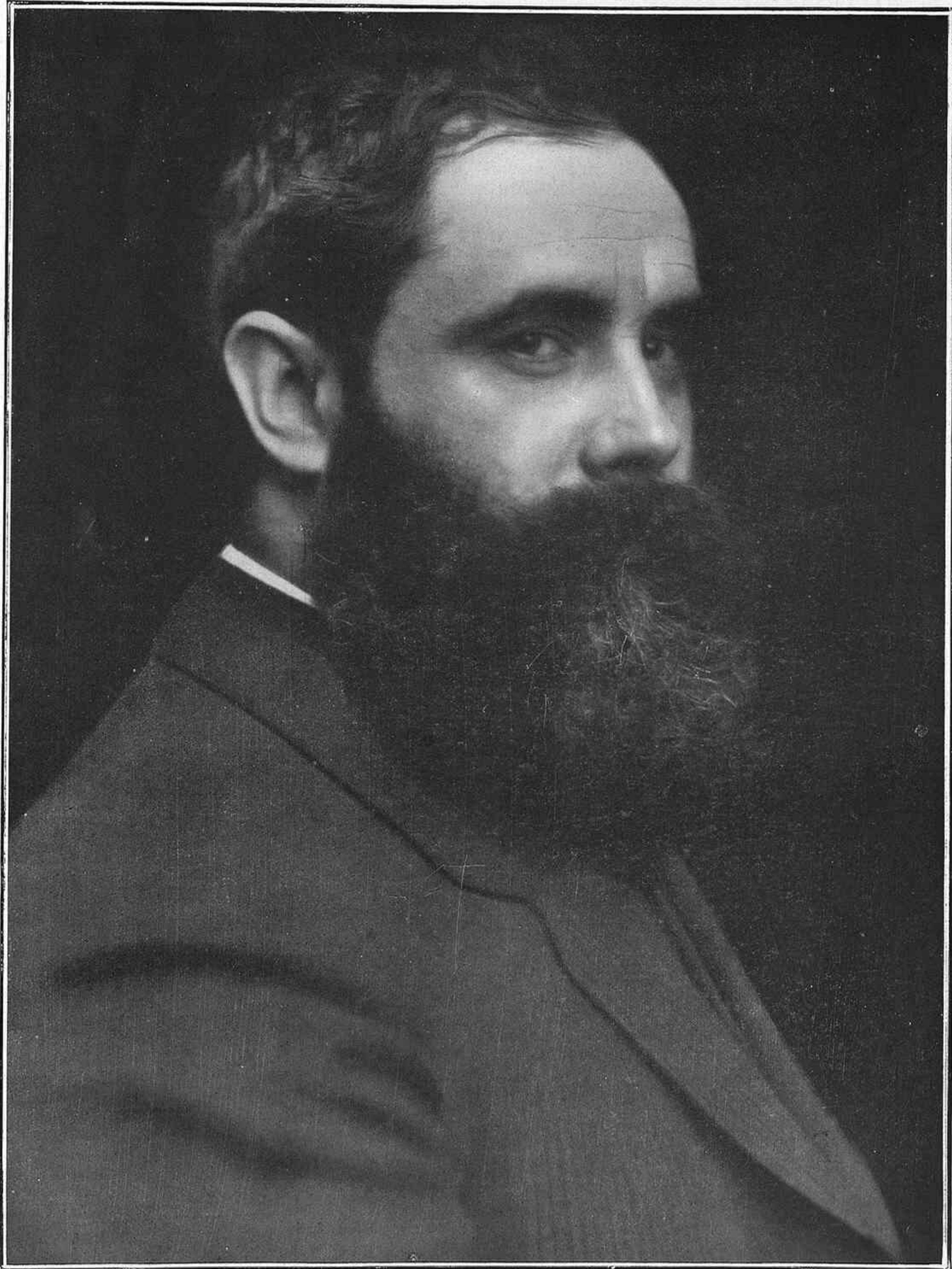


Artística

Año XXXIV

BARCELONA 31 DE MAYO DE 1915

Núm. 1.744



EL EMINENTE PINTOR HERMENEGILDO ANGLADA

que actualmente expone sus principales obras en el Palacio de Bellas Artes de esta ciudad, destinando los productos que se recauden a las viudas y a los huérfanos de artistas franceses muertos en la guerra. (De fotografía.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Barcelona. Exposición Hermentigildo Anglada en el Palacio de Bellas Artes.* — *La guerra europea.* — *Barcelona. Notas de actualidad.* — *Madrid. Tiro de Pichón.* — *La roca del hombre muerto* (novela ilustrada; continuación). — *Melilla. Conquista de una nueva posición.* — *La intervención armada de Italia en favor de la Triple Inteligencia.*

Grabados. — *El eminente pintor Hermentigildo Anglada.* — *Los enamorados de Jaca; Muchachos de Liria; El tango de la corona; Fiesta valenciana; Malagueña; Sevillana; Campesinos de Gandía; Novia valenciana; Alicantina*, cuadros de Hermentigildo Anglada Camarasa. — *El príncipe Luis Amaleo de Saboya.* — *S. M. el Rey Víctor Manuel III de Italia.* — *El general Cadorna.* — *París. La fiesta de Juana de Arco.* — *Tropas austriacas despidiéndose de sus familias en una estación de Viena.* — *Tratamiento médico a que son sometidos en Alemania a algunos soldados heridos en la guerra.* — *Cuerpo sanitario alemán de la Cruz Roja.* — *Barcelona. Notas de actualidad.* — *Madrid. En el Tiro de Pichón.* — *Melilla. Conquista de una nueva posición.* — *Milán. Manifestación intervencionista a la que concurrieron 130.000 personas.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un viaje en automóvil al través de España, por caminos imposibles y puertos con nieve perpetua no deja de encerrar elementos pintorescos, además de abrir amplio campo a la observación respecto al estado de España, su verdadero estado, fuera del ambiente de Madrid, siempre un poco artificial y distante de la realidad humilde y diaria.

La España por donde he cruzado, no es la España que consiguió adelantos, cierta prosperidad, población densa, vida industrial y fabril. No: es una España medio desierta, en que desfilan kilómetros y kilómetros sin encontrar una casa, un caserío, un hombre cavando, una yunta de bueyes o de mulas, un rebaño, una gallina, un perro. El despoblado, el siniestro despoblado español: he aquí nuestro viejo mal, nuestra antigua caquexia...

No todo el camino es así; parece que huelga decirlo, pero temo que me achaquen un pesimismo que no siento. Me limito a pensar que no es posible, donde falta gente, brazos, hogares, que sea halagüeña la situación. La soledad, el desierto: he aquí la impresión dominante de buena parte del camino.

Se extiende la mirada por el horizonte, y no se divisa nada que corte la monotonía de la estepa gris. Ni un campanario, ni una choza. Y, por toda Castilla, y por toda la provincia de León, a los dos lados de la mala carretera — mala digo, y debí decir detestable, en no pocos trechos —, no he visto una quinta, una casa de recreo, un jardincillo. Esto, que tan a menudo se encuentra en Galicia, hasta en aldehuelas sin importancia alguna, no se ve en Castilla ni en León para un remedio. Así como Juan Jacobo Rousseau hubo de exclamar: «¡Pervinca!» transportado de gozo, al ver azulear la florecilla primaveral sobre el verdor de los matorrales, exclamé yo «¡La primer rosa!» cuando la vi emerger de una tapia, ya en país gallego.

Cuando se sale de Madrid hacia el Guadarrama, y se continúa hasta Adanero, agrada y parece que hace compañía ir viendo al borde de la ruta los postes-avisos del Real Automóvil Club, que advierten el peligro de los zigs-zags, de los badenes. Por cierto que esto de los badenes es una de las varias cosas que nunca alcanzo a comprender. Un badén, traducamos al vulgar, es un bache. Natural considero que pueda haberlo un año: ya no es tan natural que lo haya dos, tres, cuatro, cinco, y que figure en las Guías, como una institución veneranda. Porque un badén se llena, se compone, y ya no existe.

Las revueltas ya es otra cosa. Como no se pueden quitar, hay que contar con su existencia. Este camino del Guadarrama encierra muchas tristes conmemoraciones de automovilistas muertos, casi siempre por culpa de los zigs-zags, o mejor, de las velocidades insensatas.

Apenas salimos de las regiones frecuentadas por elegantes deportistas, y nos internamos en la estepa, el Real Automóvil Club deja de mirar por nosotros. Desaparecen sus postecitos-indicadores. El viajero queda entregado a la pericia del mecánico y a la protección de San Cristóbal gigante.

Yo venía dando vueltas a la duda de si puede ser esta ruta que seguimos el antiguo camino real, que de niña me pareció tan ancho. Esto es, a lo sumo, una carretera vecinal de mi país.

Otra grave dificultad de los viajes en automóvil por España, es que no hay etapas que establecer. Un recorrido en automóvil, al menos para mi criterio y gusto, es una expedición de estudio y recreo, dete-

niéndose en pueblos interesantes por sus recuerdos y por su aspecto típico; no comprendo viajar sólo en el sentido de trasladarse, y menos el anhelo de la velocidad por la velocidad. Así es que, en mi concepto, la etapa de automóvil comprende de cien a ciento cincuenta kilómetros por día. Pero no hay manera de arreglarlo. Los trayectos algo importantes son mayores. El cálculo lógico del automovilista es hacer su recorrido por la mañana; llegar a los pueblos con el tiempo necesario para visitar lo que encierran de curioso, dormir, y continuar con el mismo método a la mañana siguiente. Sólo que no se puede. No hay, lo repito, poblaciones escalonadas a distancias proporcionales; no hay fondas aceptables sino en las de importancia; y el mal estado de la ruta hace que a veces se tarde más en franquear diez kilómetros, que se tardaría en devorar cien de camino expedito y cómodo.

Las fondas aceptables son una deleitosa novedad que encontré. A veces, temía yo seguir mi inclinación, pararme a ver piedras viejas, por no sufrir las seguras molestias de un hospedaje género Alejandro Dumas, con todos los detalles descritos por Luis Taboada, el amenísimo escritor. He sentido una impresión muy grata al cerciorarme de que en Valladolid, León y Astorga existen ya hoteles confortables. Creo que el de Valladolid se llama Hotel de París, y el de León, Hotel de Francia. El de Astorga es nuevo, y he almorzado en él muy bien y a gusto. Son estos hoteles como oasis, donde se descansa y se procede a las abluciones, donde se recobra la fuerza y se repara el cuerpo fatigado. Os tranquiliza la cama limpia, la cocina sabrosa, la manteca fresca... Sí: esto merece una mención honorífica: a esto hay que saludarlo como hemos saludado a la primer rosa. En mi viaje, pude comprobar que ya existen hoteles donde se come manteca fresca, manteca del día... Mil veces he deplorado que España sea el país de la manteca rancia, la cual empieza en Irún para terminar en Finisterre. Cosa tanto más triste cuanto que mucha parte de nuestra nación, toda la zona cantábrica, debiera ser un emporio de ganadería. Aquí, en Galicia por ejemplo, cualquier terreno puede convertirse en prado. Aquí debiéramos, en ese respecto, ser una Suiza; y lo mismo digo de la provincia de León, en la región del Bierzo. Debiera formar parte de nuestras grandes industrias la leche y sus derivados. Manteca, queso, pudieran constituir aquí florecientes industrias agrícolas. No sucede por falta de conocimientos, de iniciativa, por tosqueidad de procedimientos. Hay, verbigracia, un queso, llamado por antonomasia *gallego*, que debe de tener un antiquísimo origen: sería probablemente ofrenda votiva a alguna divinidad fenicia o griega, del amor o de la maternidad, pues reviste la típica forma de un seno de mujer. Este queso, de leche de vaca, es exquisito: es decir, es exquisito cuando sale bueno, lo cual no ocurre siempre. Ninguno de estos quesos es igual a otro. Es decir, que estos quesos no se fabrican con arreglo a una fórmula siempre la misma: los hace cada cual como le place. En unas casas de montañeses los harán bien y en otras muy descuidadamente, pues a veces el cuchillo, al hundirse en la blancura, descubre el punto negro de la mosca sepultada... El mismo capricho que reina en la fabricación, reina en la venta. No se despachan al peso, sino por pieza, unas veces baratos y otras carísimos. Unos son grandes, otros chiquitines, y para apreciar su calidad hay que meterles los dedos. En suma, no constituyen industria agrícola, sino una curiosidad gastronómica y casera.

Volviendo a la manteca, diré que fresquita en ninguna parte se encontraba. Hoy, con gusto lo consigo, en bastantes hoteles me han presentado las lindas conchitas nadando en agua, que tan bien acompañan al café con leche...

Al recorrer esta gran extensión de terreno patrio, no pude menos de lamentar, como siempre, que nuestro turismo no esté organizado, que no se pueda atraer aquí a los viajeros, dando ventajas y comodidades, estimulando la curiosidad. Lo primero que se necesitaría es arreglar un poco los caminos; lo segundo, y esto ya me parece asaz difícil, que estuviere España más poblada; después, que el buen ejemplo de los nuevos hoteles que he alabado cundiese y se propagase. Un buen hotel no requiere lujo. Sólo unas miasmas de aseo, y si en pueblos modestos no puede haber cocineros franceses, que presenten, en limpia mesa, el caldo regional, la castiza sopa de fideos, el nacional cocido. Todas estas vulgaridades las acepta el viajero con encanto, si parecen limpias. Además, las fondas debieran surtir de aceite en los buenos cosecheros andaluces. Traído por junto, lo mismo cuesta el aceite bueno que el de candil; y no habría ese olor que Dumas y Barrés califican de español por excelencia; ese olor a aceite

rancio, que encalabrina los estómagos y atufa la nariz y hace carrasposa la garganta.

Otra cosa que convendría cuidar en España, son los niños. Creo que *El Imparcial* dedica una sección, de vez en cuando, a este epígrafe: «¡Cuidad de los niños!» Cuidar de los niños, no es tan sólo darles la sopa e impedir que los despachurre un carro o cualquier vehículo. Ya esto último sería cosa buena; porque la inmensa mayoría de los atropellos y desgracias que ocurren con niños, son culpa de la vagancia en que sus padres los dejan, de las temeridades que no les reprenden, de ese afán suicida de echarse al paso de los automóviles, desafiándolos y poniéndoles banderillas, sin ver que estos toros con ruedas en vez de pezuñas cornean también... Pero hay que cuidar a los niños enseñándoles, siquiera sea rudimentariamente, la disciplina social. Hay que enseñarles a no importunar, a no destruir. Hay que llegar a que no se vea necesariamente, en un niño, un enemigo. He aquí lo que sucede con la Catedral de León, esa perla de belleza, esa joya entre las joyas, superior a la de Reims, cuya destrucción llora el mundo. La maravilla de la Catedral de León son sus vidrieras, entre las cuales hay muchas auténticas antiguas y otras hechas de nuevo al restaurarse la Catedral. La Catedral de León, de la cual pienso hablar más despacio en otra crónica, pues vengo impresionada de su hermosura. A esas vidrieras, rubias y esmeraldas de un estuche de siglos, es a las que la chiquillería de León dispara piedras un día tras otro, habiendo roto ya varias. Esto ha de tener una sanción. Y la sanción, incruenta, pero efficacísima si se practica, es sencillamente echar multa a los padres. Padre les falta a muchos golfos, os objetan a veces. Pero si un niño no tiene quien mire por él, el Estado debe mirar. Hay Asilos, hay beneficencia. Y la inmensa mayoría de los chiquillos que girovagan por calles y plazuelas, echándose encima de los transeuntes, escuchando sus conversaciones con impertinente terquedad de moscas, pidiendo o pegándose, no son huérfanos, y sus padres debieran enviarlos a la escuela; y si tuviesen que satisfacer aunque no fuese sino una peseta de multa por un vidrio roto en la Catedral, es fácil que los angelitos no rompiesen el segundo.

Yo sostengo que a los chiquillos, en países civilizados, no les permiten andar por la calle. Parecerá una paradoja, un dislate; es una gran verdad. Los niños pueden transitar por la calle, pero no residir en ella, como sucede aquí. No me parece ningún derroche superior a las fuerzas de los Municipios hacerles campos de juego, para las horas o circunstancias especiales en que no tengan la escuela.

Según es la planta nueva, así es el fruto... Niños tan abandonados, no serán más adelante gente muy culta, con k o sin ella. Y los niños de todos los pueblecillos por donde pasamos en automóvil, bailaron al rededor de éste danzas de salvajes ante el poste de la guerra, riendo a carcajadas por que el barniz de las portezuelas reflejaba sus getas color de barro...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

FALTAS DE ORTOGRAFÍA Y BARBARISMOS

Con la mayor satisfacción participamos a nuestros lectores que las faltas en la escritura y otros muchos barbarismos, galicismos, etc., que tan vergonzosos resultan en personas educadas, se evitan fácilmente con el hermoso y utilísimo MÉTODO DE ORTOGRAFÍA ESPAÑOLA, edición de 1914, del doctor J. Martínez Mier, libro designado por varias Reales órdenes para las escuelas públicas y las militares. Trata hasta los defectos regionales, y contiene más de 90 prácticas de escritura correcta, preciosos datos lingüísticos e históricos y un extenso VOCABULARIO DE LAS PALABRAS DE ESCRITURA DUDOSA para resolver en el acto cualquier duda. Precio, 3'50 pesetas, y encuadrado, 4; librería de Hernando, Arenal, 11, MADRID; Perelló y Vergés, Caspe, 32, BARCELONA; y en las principales de España y Ultramar. Por 0'40 más, se envía por correo.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

BARCELONA. - EXPOSICIÓN HERMENEGILDO ANGLADA EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES. (Fotografías de Mas.)



LOS ENAMORADOS DE JACA

Hermenegildo Anglada, el gran pintor catalán, celebra actualmente en el Palacio de Bellas Artes una exposición de sus obras, destinando lo que en ella se recaude a las viudas y a los huérfanos de los artistas franceses muertos en la guerra.

No hemos de decir quién es Anglada ni de describir las obras expuestas; de lo primero nos excusa la fama mundial que ha proclamado a nuestro ilustre paisano rey del color y ha escrito su nombre entre los de los más excelsos pintores contemporáneos; para lo segundo necesitaríamos un espacio de que no disponemos y ni aun disponiendo de él podríamos dar idea de lo que son aquellos lienzos, que ni la palabra puede explicar ni siquiera el grabado reproducir, pues es preciso verlos para formarse concepto de lo que son y de lo que valen.

tación, que yo - lo confieso con toda mi alma - nada he visto igual en toda la pintura contemporánea. Los matices se multiplican en una variedad asombrosa, con acentuaciones delicadísimas unas veces, enérgicas otras. Para que puedas tener una idea de esto, ve lector, recordando el cromatismo de las piedras más preciosas, de los colores más variados y bellos de las aves de Oriente y de las flores más lozanas; une las sedas, los terciopelos, los marfiles, las madreperlas y todo esto contémplo tus ojos alumbrado por luces artificiales, potentes en unos sitios, tenues y tranquilas en otros, hasta llegar por gradaciones descendentes a una penumbra en la que más se adivinan que se ven las formas y coloraciones. Y toda esta variedad cromática tan rica, que sirva de fondo y aun de envoltura

compararse, porque es única, verdaderamente genial. El artista no domina el color, lo doma, lo esclaviza, hace de él lo que quiere, le obliga a someterse a su voluntad y aun a sus caprichos que ante ningún obstáculo se detienen; su fantasía engendra las más atrevidas concepciones, las que parecen de realización imposible, y su mano las traslada al lienzo con potencia, con bravura de coloso. Esto puede verse confirmado en cada una de las pinturas que constituyen la exposición en que nos ocupamos y que ha sido un acontecimiento de excepcional importancia artística en nuestra ciudad y ocasión de grandísimo regalo y deleite para los amantes de las Bellas Artes.

Completan la exposición de las pinturas tres estudios del



MUCHACHAS DE LIRIA

Un reputadísimo crítico ha escrito recientemente en uno de los más populares diarios matritenses lo siguiente refiriéndose en general a los cuadros de Hermenegildo Anglada: «En ellos, el color se lleva a un grado tan grande de exal-

a una mujer de cuerpo bello y de un alma soñadora nerviosa y con una curiosidad exaltada.» No es posible expresar mejor la impresión que se recibe al contemplar la obra de Anglada, que con ninguna otra puede

desnudo al carbón que son una verdadera maravilla de dibujo. Al reproducir en este número algunos de los cuadros expuestos, enviamos al autor la expresión de nuestra admiración más entusiasta y sincera.



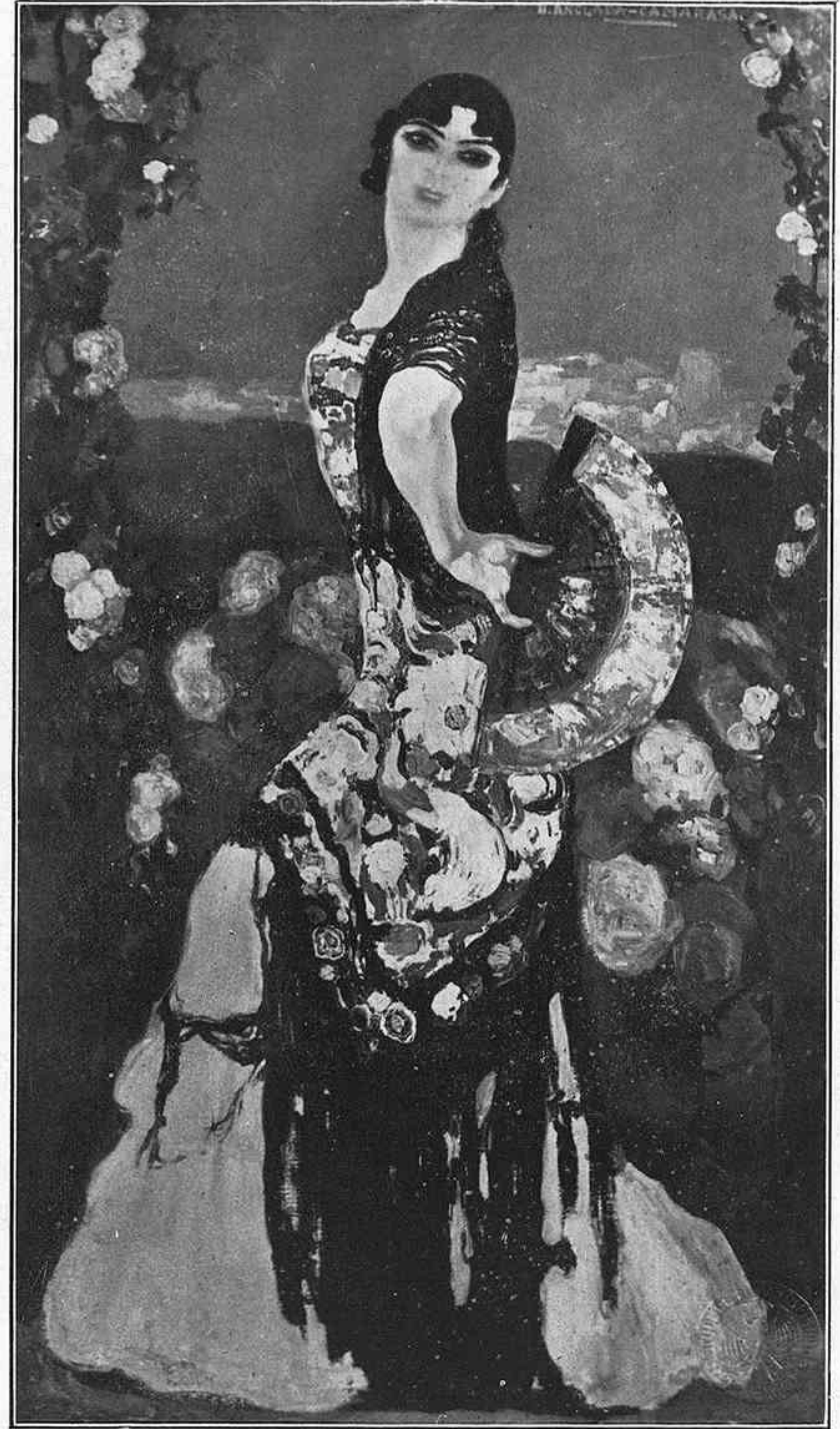
EL TANGO DE LA CORONA



FIESTA VALENCIANA



MALAGUEÑA



SEVILLANA



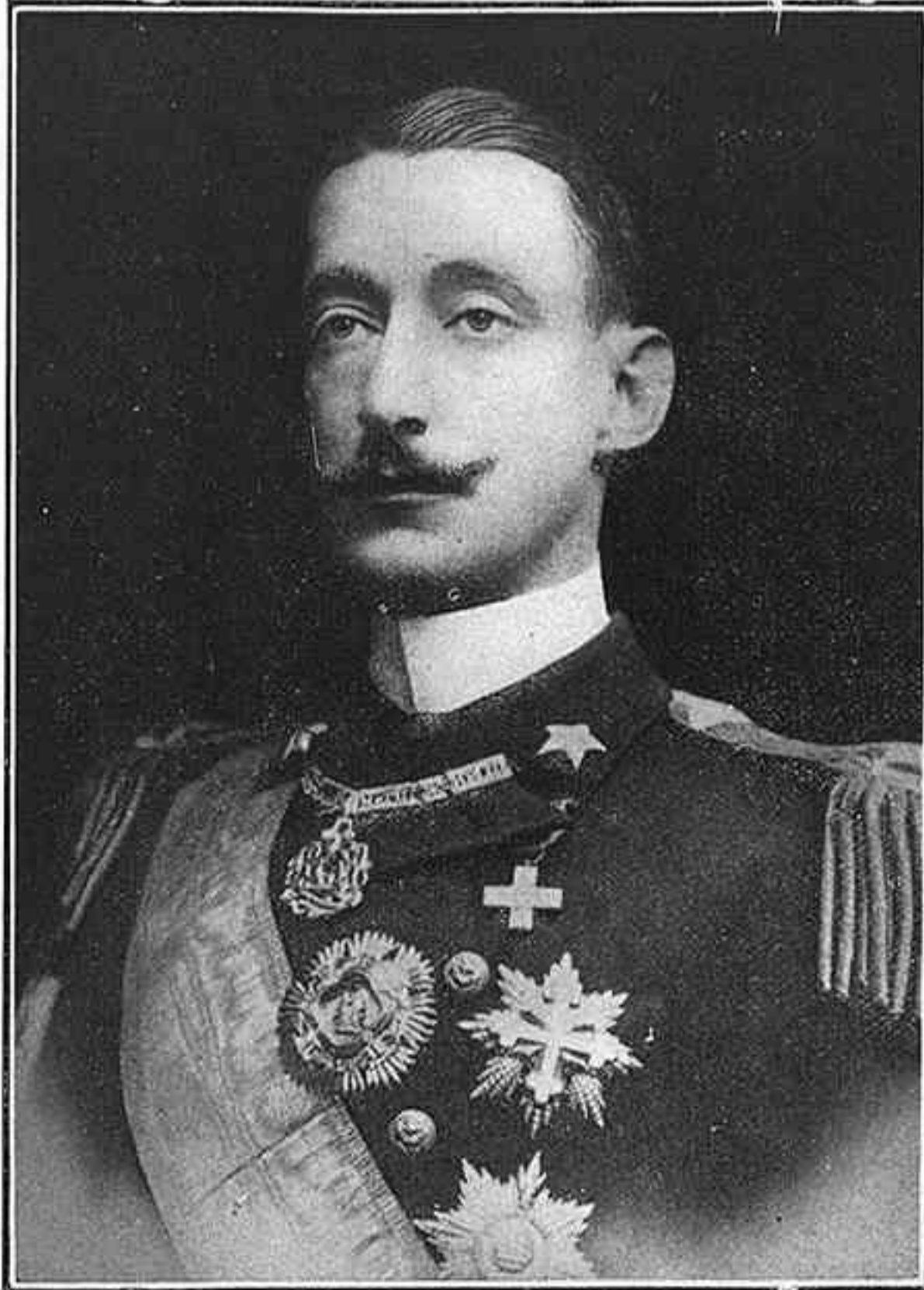
CAMPESINOS DE GANDÍA

LA GUERRA EUROPEA. (De fotografías de Vidal, Trampus, Rol y Parrondo.)

En las regiones de Iprés y del Norte de Arrás se han desarrollado luchas de relativa importancia, aunque los resultados de las mismas no han sido proporcionados al vigor con que se ha combatido. Los aliados dicen que al Norte de Iprés y al Este y Oeste del canal del Iser han rechazado todos los ata-

la línea del frente de Norte a Sur: que en la región de Chawli siguen desarrollándose los combates favorablemente, habiendo

ques de los rusos al Este de Yaroslaw y que se han apoderado de Seniawa; que los rusos han sido echados de su posición principal de defensa del Norte de Sambor; que ha fracasado la tentativa rusa de pasar el Pruth al Este de Czernowitz; y que los austriacos han ganado terreno en la región de Drohobycz.



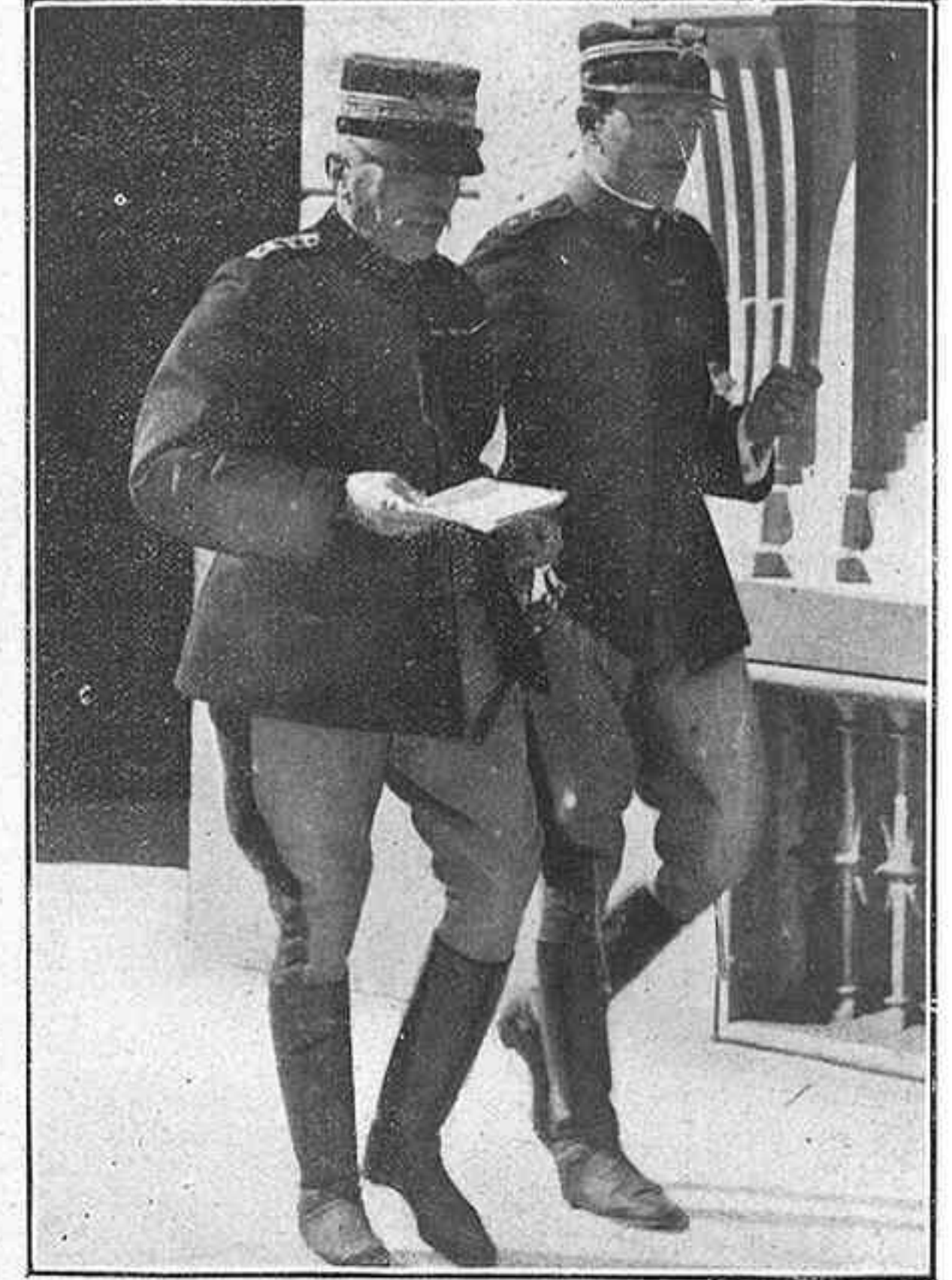
El príncipe Luis Amadeo de Saboya, duque de los Abruzos, comandante en jefe de la escuadra italiana del Adriático.

ques alemanes y han ganado algún terreno, habiendo hecho, además, los ingleses algunos progresos al Norte de La Bassée. En la región de Arrás también han rechazado los ataques del enemigo y han realizado considerables avances por la parte de Notre Dame de Lorette apoderándose de toda esta altura y de sus contrafuertes que desde hacía más de seis meses defendían los alemanes. Asimismo dicen haber reconquistado parte del pueblo de Ablain-de-Saint-Nazaire y del de Neuville-Saint-Vaast y tomado varias trincheras en este último punto. Los alemanes dan cuenta de haber rechazado todos los ata-



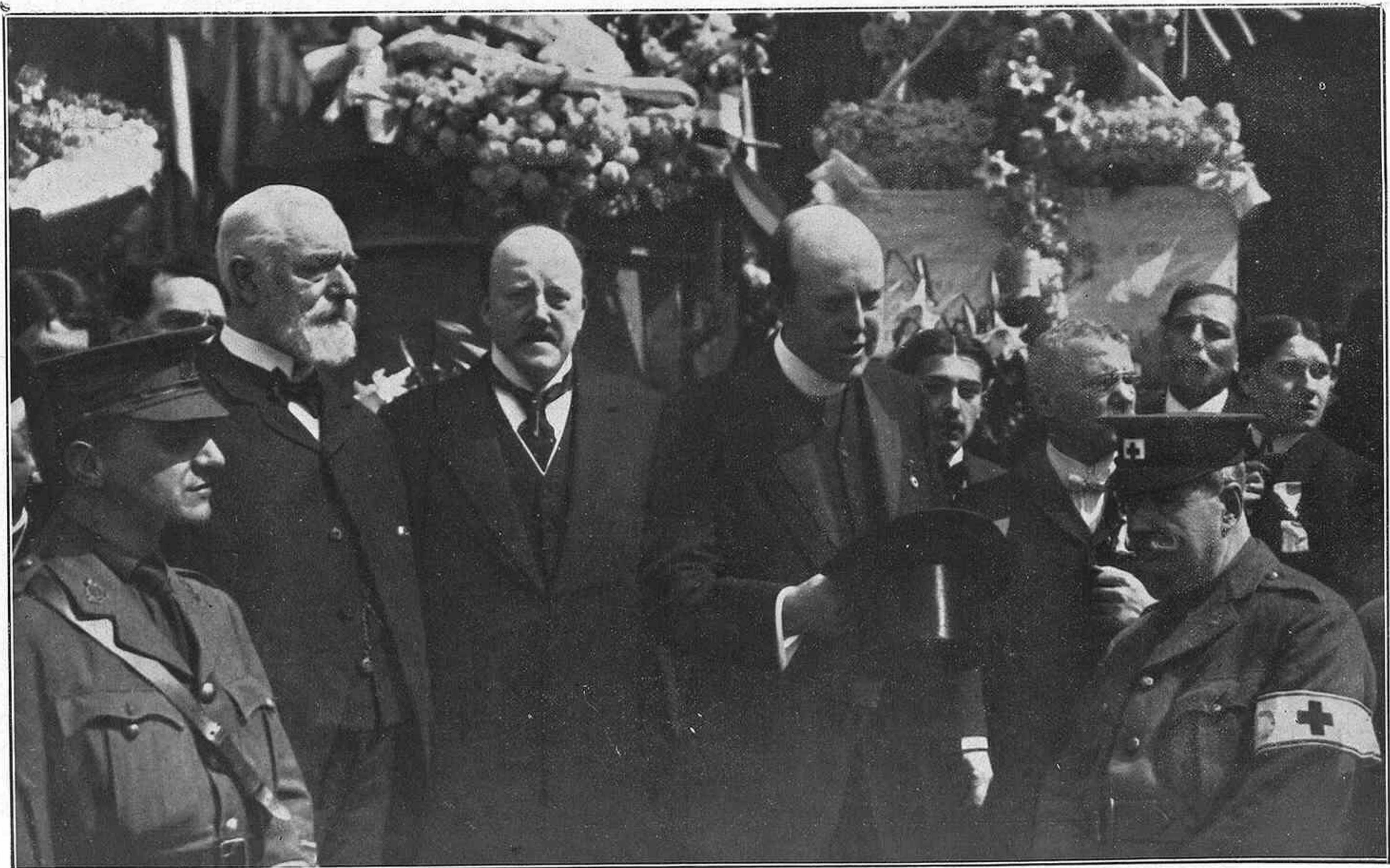
S. M. el Rey Víctor Manuel III de Italia

los alemanes tenido que renunciar a la ofensiva que allí intentaban y replegarse hacia el Oeste; que en Rossieny han sido rechazados los ataques del enemigo, el cual, sin embargo, pasó en parte a la orilla izquierda del Dubissa; que éste ha bombardeado los fuertes del Oeste de Przemysl, a costa de muchos sacrificios se ha apoderado de algunas trincheras al Sur de esta plaza y se ha extendido entre ésta y el Vístula, en la orilla derecha del San y en el centro de la región de Seniawa; que, en cambio, los moscovitas han realizado importantes progresos en la orilla izquierda del San, también en la sección comprendida entre el Vístula y Przemysl y han rechazado energicos ataques en el sector de Przemysl y la gran marisma de Dniéster; que han rechazado ataques y reconquistado algunas trincheras en la región de Strij y Dolima y en el Pruth y progresado más allá de este río; que han iniciado la



El general Cadorna jefe del Estado Mayor general italiano

Respecto de las operaciones de los Dardanelos, los aliados dicen que avanzan detrás de Krithia, amenazando a los turcos con un movimiento envolvente; que progresan en Yeni Keni; que la escuadra ha destruido el pueblo de Dardanus y reducido a escombros todos los fuertes de la costa asiática; que han sido rechazados los ataques de dos divisiones turcas cerca de Kaba-Tepe; que han desembarcado en Galipoli, protegidas por la flota y con éxito completo, varias divisiones, habiendo sido rechazadas con grandes pérdidas las fuerzas enemigas que intentaban oponerse al desembarco; y que un sumergible ha



París. La fiesta de Juana de Arco. - El reverendo Stanley Brunt, pastor de la iglesia de la embajada de Inglaterra y presidente del comité de la colonia inglesa en París, pronunciando un discurso al pie del monumento de Juana de Arco

ques de los ingleses en el canal de Iprés y en Neuve-Chapelle, así como los de los franceses en Ablain, Ailly y Notre Dame de Lorette, y ganado algún terreno al Sur de Neuville-Saint-Vaast, si bien confiesan haber perdido una parte de su trinchera avanzada al Norte del primero de los pueblos citados.

En el teatro de la guerra de Oriente, veamos lo más interesante de lo que consignan los partes oficiales rusos, siguiendo

ofensiva en la región más cerca del Dniéster; y que han avanzado en la región de Kolomea.

Los austro-húngaro-alemanes dicen que han rechazado los ataques rusos cerca de Chawli, en el Dubissa y al Sur del Niemen, avanzando en esta última dirección y obligando a los rusos a huir hacia Krownó; que han forzado el paso del San en varios puntos y han rechazado al enemigo que se oponía a su avance hacia Przemysl; que asimismo han rechazado los ata-

echado a pique dos torpederos y dos transportes turcos, uno de estos últimos cargado de tropas.

Las noticias de procedencia turca son muy escasas y se reducen a consignar que desde que el *Goliath* fué echado a pique no ha entrado ningún buque aliado en el estrecho, y que los turcos han tomado algunas trincheras en la costa europea.

En otro lugar de este número damos cuenta de la declaración de guerra hecha a Austria por Italia y a consecuencia de



Tropas austriacas despidiéndose de sus familias en una estación de Viena. Estas tropas pertenecen a las reservas y fueron movilizadas por el gobierno ante la inminencia de ruptura con Italia.

la cual esta última nación interviene en la actual lucha en contra de las naciones que hasta ahora fueron sus aliadas y al lado de las que forman la Triple Intelligencia.

En la madrugada del 24 rompieron las hostilidades, habiendo bombardeado la flota austriaca varios puntos de importancia militar de la costa Este italiana entre Venecia y Barletta, y arrojado algunos aeroplanos bombas que, al decir de los partes de Viena, causaron muchos desperfectos materiales y originaron incendios en el hangar de globos de Cavaravallo, en los edificios militares de Ancona y en el arsenal de Venecia. Según noticias de Roma, los buques austriacos fueron rechazados por los italianos y los aeroplanos por la artillería, fuego de fusilería y por un aeroplano y un dirigible; los daños causados por las bombas han sido insignificantes.

Creyéndonos de interés, vamos a dar algunos detalles acerca del ejército y de la marina de guerra italianos.

La Infantería comprende dos regimientos de granaderos, 94 de línea, 12 de *bersaglieri* y 8 de alpinos; cada regimiento tiene su correspondiente sección de ametralladoras. La Caballería consta de 4 regimientos de dragones, 8 de lanceros y 17 de caballería ligera. La Artillería se compone de 36 regimientos de artillería de campaña, 2 de artillería pesada, 10 de artillería de sitio y costa y 2 de montaña. Los Ingenieros comprenden

último, una brigada de Carabineros Reales y tropas coloniales con un total de 28.000 hombres.

La organización militar italiana es por cuerpos de ejército, de los cuales hay 12 cuyas capitales son: Turín, Alejandría, Milán, Génova, Verona, Bolonia, Ancona, Florencia, Roma, Nápoles, Bari y Palermo.

La marina de guerra italiana se compone de las siguientes unidades. Acorazados de escuadra: *Caio Duilio*, *Andrea Doria*, *Conte di Cavour*, *Giulio Cesare* y *Leonardo da Vinci*, de 22.700 toneladas; *Dante Alighieri*, de 18.400; *Re Umberto*, *Sardegna* y *Sicilia*, de 14.000; *Benedetto Bruni*, y *Regina Margherita*, de 13.400; *Roma*, *Napoli*, *Regina Elena* y *Vittorio Emanuele II*, de 12.600; *Ammiraglio di Saint Bois* y *Emmanuele Filiberto*, de 9.800. Cuenta, además, con 9 cruceros protegidos, de un desplazamiento total de 70.000 toneladas; 13 cruceros exploradores, 44 cazatorpederos, 28 torpederos de alta mar, 4 de primera clase y 25 submarinos, sin contar con gran número de cruceros y cañoneros que sólo pueden prestar servicios secundarios.

En tiempo de paz el personal se compone de 1987 generales, jefes, oficiales, aspirantes, maquinistas, médicos, etcétera; 33.000 individuos para servicios a bordo y unos 5.000 para servicios en tierra.

S. M. el Rey Víctor Manuel III ha asumido el mando supremo de los ejércitos de mar y tierra. Cerca de él ejercerá el cargo de jefe del Estado Mayor general el gene-



Tratamiento médico a que son sometidos en Alemania algunos soldados heridos en la guerra.

ral Cadorna, que adquirió gran prestigio en la organización y en el desarrollo de la campaña de Trípoli.

El mando en jefe de la escuadra del Adriático ha sido confiado al príncipe Luis Amadeo de Saboya, duque de los Abruzos, hijo del exrey de España D. Amadeo, nacido en Madrid el 9 de enero de 1873 y que ha alcanzado grande y merecida fama por sus exploraciones en el Africa oriental y en las regiones polares antárticas.

El primer ministro de Inglaterra mister Asquith, declaró en la Cámara de los Comunes el día 19 que el gabinete sería modificado por conveniencias de los servicios ministeriales para la guerra. En efecto, se ha formado un nuevo ministerio al que han sido incorporados los miembros más influyentes de todos los partidos políticos y que se considera como un gabinete verdaderamente nacional. El nuevo gobierno, que sigue presidiendo Mr. Asquith y en el que continúan al frente de los departamentos de la Guerra y de Negocios Extranjeros el general Kitchener y sir E. Grey, ha sido acogido con gran satisfacción en todo el país.

En París se ha celebrado la fiesta de Juana de Arco que ha dado lugar a las manifestaciones patrióticas de costumbre. Con este motivo, el reverendo Stanley Brunt, pastor de la iglesia de la embajada de Inglaterra y presidente del comité de la colonia inglesa de París, pronunció un sentido discurso en el que, después de decir que el espíritu de sacrificio, de patriotismo, de valor indomable y de abnegación sublime de Juana de Arco anima hoy también al ejército francés y lo conducirá a la victoria, felicitóse de ver unidas a Inglaterra y a Francia en la sagrada defensa de la libertad y de la justicia.



Cuerpo sanitario alemán de la Cruz Roja, con los perros que están convenientemente adiestrados y prestan excelentes servicios a los heridos en el campo de batalla

2 regimientos de zapadores, 1 de telegrafistas, 1 de pontoneros, 1 de minadores, 1 de ferrocarriles, un batallón de automovilistas, uno de aviadores y uno llamado de *spezialisti*. Hay, por

de Juana de Arco anima hoy también al ejército francés y lo conducirá a la victoria, felicitóse de ver unidas a Inglaterra y a Francia en la sagrada defensa de la libertad y de la justicia.



NOVIA VALENCIANA, cuadro de Hermenegildo Anglada Camarasa



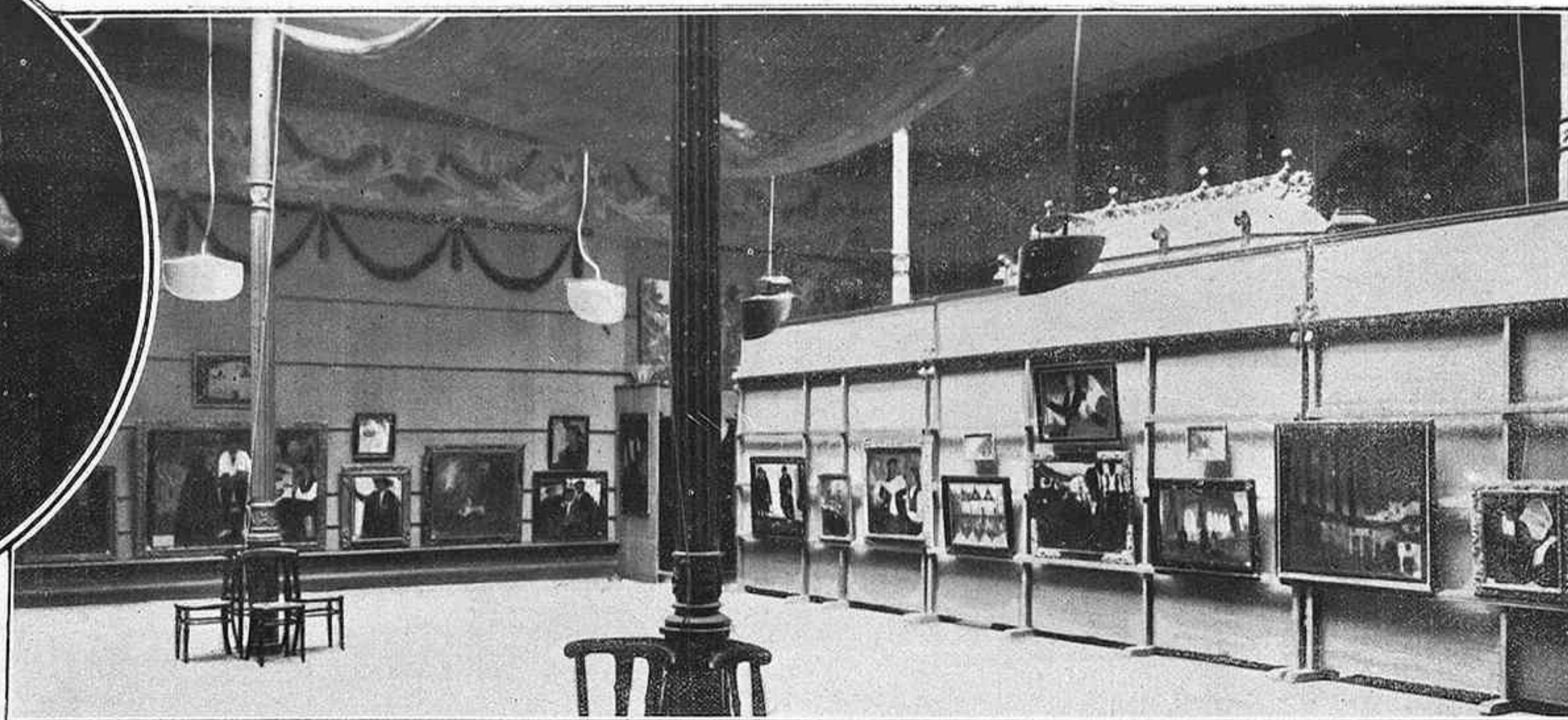
ALICANTINA, cuadro de Hermenegildo Anglada Camarasa, que figuró en la exposición celebrada en 1909 en el Salón Parés

ARTÍSTICA por este nuevo éxito conseguido en su carrera artística, relativamente corta pero en extremo brillante.

amigos con un te de honor en los salones de la Maison Dorée, habiendo también concurrido algunos españoles que se hallan



Los hermanos Valentín y Ramón Zubiurre, notables pintores que actualmente tienen expuestas algunas de sus obras en el Salón Parés de esta ciudad.



Barcelona. Salón Parés. - Vista general de la exposición de las obras de los notables pintores Valentín y Ramón Zubiurre (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

BARCELONA. - NOTAS DE ACTUALIDAD

Exposición Zubiurre. - En el Salón Parés celébrase actualmente una exposición de obras de los notables pintores, hermanos Valentín y Ramón Zubiurre, algunas de las cuales han figurado últimamente en exposiciones de Berlín y de Múnich.

Tres años hace que estos artistas expusieron en el Fayans Catalá y entonces, en el número 1582 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, les dedicamos un artículo en el que estudiamos su labor pictórica y reproducimos el juicio que había merecido a un eminente crítico extranjero. Esta circunstancia nos excusa de hablar nuevamente de ello, pues tendríamos que repetir lo que en aquella ocasión dijimos y reproducir los elogios que les dedicamos.

En la exposición actual, los hermanos Zubiurre demuestran que continúan fieles al género que siempre han cultivado con predilección; así es que en ella figuran en gran número los cuadros representativos de tipos, paisajes y escenas de costumbres de las provincias Vascongadas y de Castilla la Vieja, asuntos todos tratados con una profundidad, con un sentimiento y con un vigor grandísimos. Pero hay, además, algunos estudios de temas holandeses en los cuales se revelan el mismo espíritu de observación y la misma intensidad de sentimiento que se admiran en los españoles, probándose así las excepcionales aptitudes de ambos pintores para cultivar con igual éxito diversos géneros.

La exposición es muy visitada y el público no deja de elogiar los lienzos de los hermanos Zubiurre, a quienes sinceramente felicitamos desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN

El aniversario de la independencia cubana. - El día 20 de este mes los cubanos residentes en Barcelona celebraron el décimotercero aniversario de la constitución de su país en nacionalidad independiente. Durante la mañana el cónsul general de Cuba en Barcelona, Dr. Emilio Chibás, recibió a sus com-

unidos por especiales lazos de afecto a la República Cubana. Una escogida orquesta amenizó la fiesta a la que prestaron singular realce muchas distinguidas señoras y bellas y elegantes señoritas. Después de servirse el te se bailó hasta entrada la noche.



Barcelona. - Te de honor ofrecido por el cónsul general de Cuba, D. Emilio Chibás, a la colonia cubana en celebración del aniversario de la independencia de Cuba. (De fotografía de nuestro reportero Alejandro Merletti.)

patriotas en el local del consulado, por el que desfilaron las personas más notables de la colonia cubana de esta ciudad y los representantes consulares de las demás repúblicas americanas y de otros países.

Por la tarde el Dr. Chibás obsequió a sus compatriotas y

MADRID. - TIRO DE PICHÓN

En el concurso de Tiro de Pichón recientemente celebrado en Madrid se ha disputado el campeonato de España, cuyo vencedor gana una copa de plata en la que se graba su nombre, otra copa también de plata, pero más pequeña, como recuerdo, y 6.000 pesetas; el segundo gana 3.000 pesetas y el tercero 1.000.

La copa ha sido ganada en 1911 por el marqués de Villaviciosa de Asturias, en 1912 por D. Luciano Ochoa, en 1913 por D. Clemente Camino y en 1914 por el marqués de Villaviciosa de Asturias. Este año ha sido ganada por el tirador valenciano D. Manuel Carsi. Para llegar a ser propietario de la copa grande el tirador habrá de ganarla dos años seguidos o tres no sucesivos.

Las condiciones de la tirada eran 20 pichones, 7 el primer día y 13 el segundo, excluyendo tres ceros, con derecho a igualar; entrada 125 pesetas y distancia 27 metros. Habíanse inscrito 60 tiradores.

El primer día quedaron con tres ceros, y por consiguiente excluidos, 29 tiradores; con dos ceros, 16; con un cero, 13; y



Madrid. En el Tiro de Pichón. - Grupos de señoras tomando el te

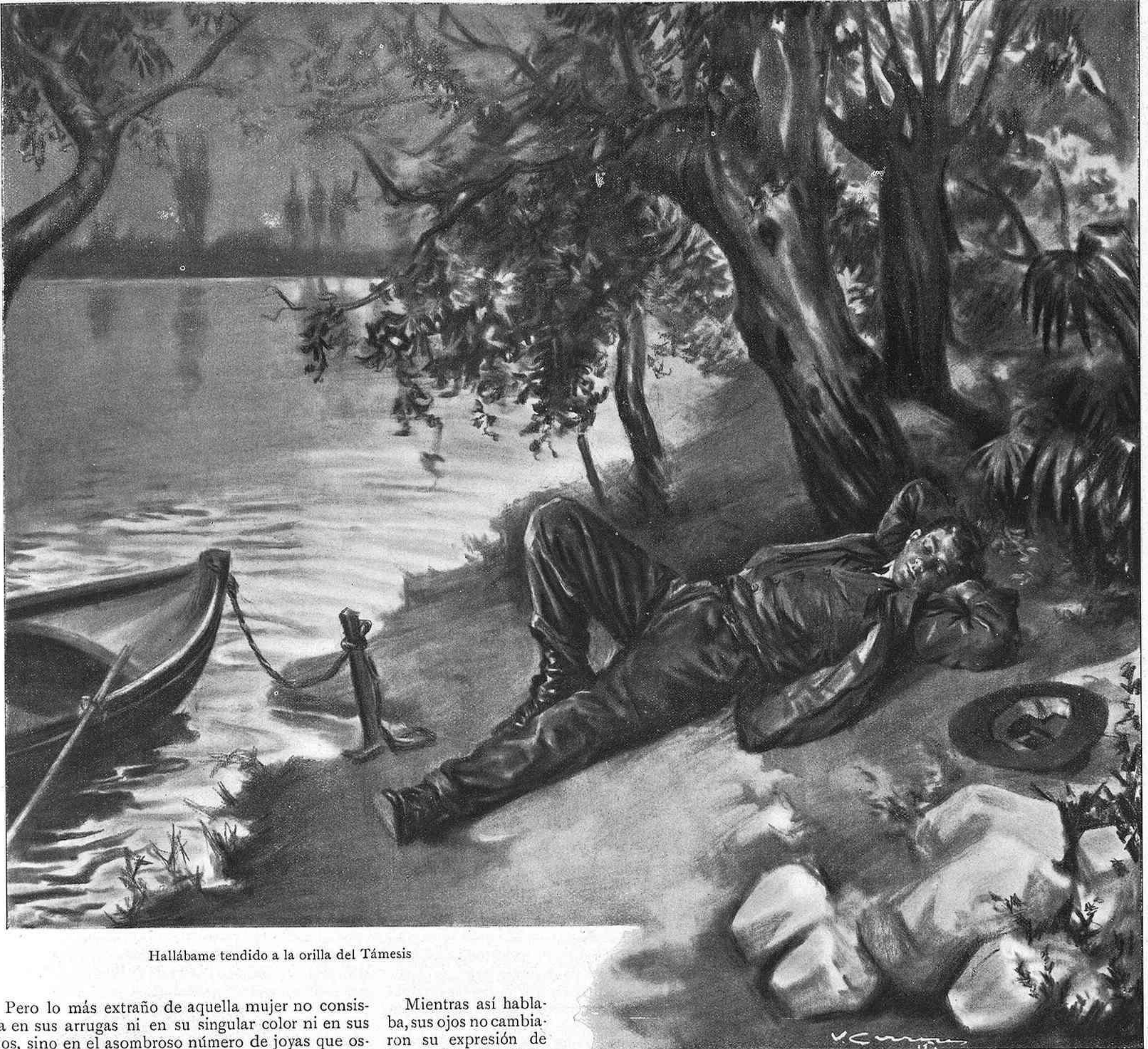


D. Manuel Carsi, tirador del equipo de Valencia que ha ganado el Campeonato de España en el concurso de Tiro de Pichón celebrado recientemente en Madrid. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

sin cero, dos, los Sres. D. Manuel Carsi y D. J. Santos Suárez. Continuada la prueba al siguiente día entre las escopetas que solamente tenían dos ceros, todas ellas erraron un nuevo pájaro, excepto el Sr. Carsi, que resultó vencedor, matando 18 pichones de 20 y ganando, por consiguiente, el campeonato.

LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONTINUACIÓN.)



Hallábame tendido a la orilla del Támesis

Pero lo más extraño de aquella mujer no consistía en sus arrugas ni en su singular color ni en sus ojos, sino en el asombroso número de joyas que ostentaba.

A cada movimiento de sus ligeras manos, los rayos luminosos de la araña, reflejándose en los diamantes que adornaban los dedos, producían un efecto extraño, como si hicieran brotar chispas; y siempre que la mujer volvía el cuello, la luz, hiriendo innumerables facetas, parecía comunicarlas un brillo deslumbrador.

La extraña dama, la banquera, parecía muy ocupada en el juego cuando nosotros entramos, y solamente nos dirigió una mirada, pero tan fría, tan indiferente, y que tenía tan poco de humano, que me hizo dudar de la realidad. Hasta parecíame que aquello era una sala llena de espíritus condenados, presididos por algún ser diabólico.

Cuando aun estábamos en la puerta, prodújose un silencio profundo; hombres y mujeres se inclinaron ansiosos sobre la mesa, reteniendo el aliento; siguióse una pausa, y una voz monótona gritó: «¡El treinta y uno!»

Entonces oí de nuevo un murmullo, acompañado de diversas exclamaciones, y en el mismo instante la mujer de las joyas nos dirigió la palabra.

— Pasen ustedes adelante, caballeros, dijo; no llegan ustedes en el momento oportuno, porque la banca está de suerte; pero sean bien venidos.

Mientras así hablaba, sus ojos no cambiaron su expresión de impasible frialdad; pero lo que me admiró sobre todo fué la voz dulce delicadamente modulada, y casi musical de aquella mujer, que seducía el oído, y tan en contradicción estaba con la expresión del rostro.

Los demás concurrentes, al oír que la banquera nos hablaba, nos miraron un instante con curiosidad, pero después volvieron a fijar su atención en la mesa.

En cuanto a nosotros, nos acercamos para observar el juego; yo no sé lo que es la ruleta, ni puedo decir si sus accesorios varían mucho; pero diré lo que vi.

La mesa, como antes indiqué, era oblonga, y estaba cubierta de un tapete verde, clavado en los bordes, y sobre él brillaban varias pilas de monedas de oro y plata. En el centro había una especie de cacerola, provista de una aguja de grandes dimensiones que giraba sobre un eje cuando se la hacía dar vueltas con la mano; y el todo me pareció una enorme brújula; pero en vez de marcarse en ella Norte, Sud, Este y Oeste, los espacios de los lados presentaban casillas rojas y negras, en cada una de las cuales veíase una cifra desde el 1 al 36, acabando con un cero.

Al comenzar otra vez el juego, todos los que apuntaban colocaron su puesta en alguna de aquellas casillas, o bien en las líneas que formaban el cuadro; hecho esto, la mujer se inclinó, y puso en movimiento la aguja.

Tres veces consecutivas vi hacer la misma operación, y otras tantas deduje por los murmullos de los jugadores que la banca había ganado.

— Usted ha venido aquí ya alguna vez, dijo la mujer de los diamantes, mirando a Tomás, y si mal no recuerdo, la fortuna no le favoreció. Siéntese usted junto a mí, y veamos si puede usted quebrar el juego, pues ya me canso de tener tan buena suerte. Que se acerque también ese amiguito de usted; me parece un joven muy simpático.

— ¿Ha jugado usted antes?, me preguntó.

Contesté negativamente con un movimiento de cabeza.

— Tanto mejor, dijo la dama, pues la fortuna favorece siempre a los principiantes, y si ahora sucede así, quedará bien recompensada por haber tenido a mi lado tan gallardo mancebo.

Dichas estas palabras, la mujer volvió a ocuparse en el juego.

— Tú tienes el dinero, Jasper, díjome Tomás, y si persistes en tu idea, toma el consejo, siéntate y juega.

— Tú has estado aquí antes, y debes entenderlo mejor, contesté; te daré el dinero, y prueba tu suerte.

— ¡No, no! La idea de jugar es tuya, y tú debes ponerla en ejecución. Por otra parte, yo tengo muy mala suerte, y te bastará diez minutos para entender el mecanismo.

La banca había ganado otra vez, y al mirar al redor de la mesa, las caras de los que jugaban me parecían las de otros tantos condenados que sufrirían algún tormento; ni aun las facciones de los gananciosos expresaban satisfacción, y hasta hubiérase dicho que estaban en algún horrible trance, en el que no veían más que las pilas de oro, la aguja, y las manos deslumbradoras de la banquera.

Y poco a poco, la agitación que a todos dominaba se apoderó de mí también; los dedos de la banquera, cargados de brillantes, fascinaronme como la avecilla que ve ante sí una serpiente; el calor de aquella sala, el brillo de las luces y los confusos murmullos, influían poderosamente en mi cerebro; el sonido del oro, y la voz monótona del segundo banquero, que después de recoger las puestas de los que habían perdido decía a cada momento: «¡Jugad, señores!» acabaron por trastornarme del todo. Olvidé a Tomás, sin pensar en lo que me había llevado allí, olvidé hasta por qué estaba en semejante sitio, y toda mi atención se concentró en el juego.

La banca seguía ganando, y veíase ya en ella un montón de oro y billetes de Banco, a la vez que oía las excrecaciones de los jugadores.

— Ahora sería el momento más oportuno para que intentase usted desbanicar, díjome la mujer; juegue usted atrevidamente, pues le aseguro que me agrada perder con un joven tan simpático como usted.

Miré a Tomás, y como éste hiciera una señal afirmativa, apunté mi primer medio duro en la casilla encarnada que tenía el número 19.

La banquera no pareció fijarse en la pequeñez de la moneda, puso en movimiento la aguja, y yo me incliné para ver mejor: un momento después, mi puesta desaparecía confundida con otras muchas.

— ¡Mal principio!, dijo la voz de la banquera.

Probé fortuna segunda y tercera vez, con el mismo resultado.

Poseído de la mayor desesperación, saqué el último y le apunté al negro; la aguja giró rápidamente y después se detuvo en la casilla encarnada.

En el primer momento no supe qué me sucedía; parecióme que todo daba vueltas a mi alrededor, que aquella atmósfera me ahogaba, y que la mujer de los diamantes se reía de mí al ver perdidas mis esperanzas.

Opími con mano nerviosa el borde de la mesa, y al apoyarme en el respaldo de la silla oí a Tomás proferir una exclamación de enojo. Entonces comprendí que estaba perdido, y arrepentíme de mi locura al tocar sus consecuencias.

Tomás, pálido e inmóvil, mirábame sin decir palabra. En aquel mismo instante, la dulce voz de la banquera murmuró:

— ¿No apunta usted, caballero?

Hice una señal negativa.

— ¿Cómo... tan pronto ya? ¿Es porque ha dado fin de su capital?

— Sí, eso es.

— ¡Ah!, se necesitaría mucha suerte para desbanicar con medio duro. Pero ¿no tiene usted absolutamente nada? Yo no sé por qué presiento que la suerte me abandonará pronto.

— Pues no tengo nada, contesté, nada en el mundo.

— ¡Pobre muchacho!

Su voz era dulce y simpática, pero sus ojos no expresaban la menor compasión.

— ¿Puedo yo prestar a usted algo?, preguntó.

— No, porque me faltarían medios para pagar mi deuda. Ese era mi último dinero.

— ¡Pobre muchacho!

— Muchas gracias, repuse; no esperaba que se compadeciera usted de mí...

— Está usted en un error, interrumpió la banquera, pues le compadezco a usted lo mismo que a otros muchos jóvenes, porque todos son unos tontos, que no ven que yo vivo a su costa. ¿Conque no puede usted jugar?, añadió. ¿Pues qué piensa usted hacer?

— Ante todo, marcharme.

— ¿Y después?

Por toda contestación me encogí de hombros.

— No, continuó la mujer: siéntese a mi lado y verá jugar. Muchos jóvenes desesperados se han sen-

tado en esa misma silla que usted ocupa, y de su suerte he sido la causa yo. Soy vieja, muy vieja, más de lo que usted se puede imaginar; pero triunfo de la juventud, y a veces parece que la vida de los jóvenes me alimenta.

La mujer hacía estas observaciones sin que sus facciones expresaran la más ligera emoción.

— ¡Ah!, sí, continuó; ahora se marchará usted, y ya no volveré a verle nunca, ni sabré qué le ha sucedido. El oro es mi sangre, y su color está impreso en mi rostro; aquí vienen los jóvenes para dejar cuanto tienen; algunas veces ganan, pero yo los espero con paciencia, porque sé que han de volver para dejar lo que se llevaron, y mucho más; de modo que en resumidas cuentas, yo soy quien gana siempre.

La mujer fijó un momento su atención en la banca, y prosiguió:

— Ese oro amarillo es tan dulce para mí, que me embriaga; es la sangre de los jóvenes, y aunque usted no haya dejado más que una gota, la he probado ya. Sin embargo, le compadezco, y siento mucho que su mala suerte me prive del gusto de volver a verle por aquí.

Al decir esto, no pude reconocer la menor señal de burla en la voz de aquella mujer extraordinaria; pero sus ojos se mantenían tan impasibles como siempre.

— No, dijo, como si hubiera adivinado mi pensamiento, no me burlo de usted; soy sincera al decirle que me habría complacido verle ganar, porque sé que al fin perdería. ¿No tiene dinero ese amiguito de usted?

— Lo que he perdido era de los dos, y no nos queda más.

— ¿Y él le ha traído a usted aquí para que juegue? ¡Extraña amistad!

— Se equivoca usted, señora, repuse; yo soy quien insistí en venir, pues él se oponía, y no es suya la culpa.

— Bien; supongo que no le queda más remedio que retirarse; pero de todos modos, siento que la suerte le haya sido tan adversa.

Me levanté, al sentir la mano de Tomás apoyada en mi hombro, pero sin atreverme a mirarle a la cara. ¡Adiós nuestras esperanzas; todo se había perdido! Pero... ¿qué tocaba mi mano en el bolsillo del chaleco?... ¡Ah!, ¡la hebilla de oro! Ya era inútil para mí como señal para descubrir dónde estaba oculta la inestimable joya; pero su preciado metal valía algo, y podía servir para recobrar parte de lo perdido, es decir si alguien lo aceptaba como dinero. De todos modos lo propondría.

Volví a sentarme en la silla, y la mujer me miró fríamente, aunque con expresión interrogadora.

— ¿Cómo, exclamó, ya está usted de vuelta?

— Sí, contesté, algo sorprendido por su frialdad; si quiere usted darme el desquite...

— Yo no doy nada; eso es cosa de la suerte.

— Muy bien... pero dígame usted si esto vale algo, repuse, mostrando al mismo tiempo la media hebilla, que brilló al reflejarse en ella la luz.

La mujer miró con cierta curiosidad el objeto, y por primera vez sorprendí en sus ojos una expresión de interés; pero sólo duró un momento.

— Permítame usted ver bien eso, dijo.

Entregué mi media hebilla; la mujer se inclinó para examinarla bien, y una vez convencida de que era oro, volvióse hacia mí.

— ¿No lleva usted más que esto?, preguntóme. Parece que falta la mitad... ¿No tiene usted la otra parte?

Moví la cabeza negativamente y la mujer continuó:

— Esta pieza está muy bien trabajada, y parece tener algún valor. ¿Desea usted que yo la compre?

— Precisamente comprarla, no, repliqué; pero si usted cree que vale algo, la jugaría por su equivalencia.

— Muy bien; eso valdrá unos quince duros, si no más, pero puede usted jugar por esta suma. ¿Quiere usted arriesgarlo todo de una vez?

— Sí, todo, contesté; prefiero acabar cuanto antes.

Y puse la media hebilla en el cuadro que tenía el número 13, que era el color encarnado.

La mujer se inclinó sobre la mesa e hizo girar la aguja.

Esta vez esperé tranquilo el resultado; ya no sentía excitación alguna, y estaba completamente sereno. Tanto es así, que en vez de mirar la aguja comencé a observar a los demás jugadores con mucho interés.

Aquella jugada era para mí cuestión de vida o muerte; mas no lo pensé en el momento, y aun proseguía en mi contemplación, cuando el murmullo de muchas voces, y una pila de monedas de oro que

había a mi lado anunciaronme que acababa de ganar.

— Vamos, dijo la mujer, veo que la suerte ha cambiado al fin; juegue usted con valor mientras le favorece, amiguito.

Por única contestación volví a colocar la media hebilla en el número 13. Otra vez gané y el montón de oro aumentó a mi lado.

— Vámonos, murmuró Tomás, poniéndome la mano en el hombro.

Pero yo, moviendo la cabeza negativamente, continué jugando.

Una vez, y otra, y otra volví a ganar, y las pilas de monedas formaron una cantidad más que respetable. De nuevo Tomás me dijo al oído que ya habíamos ganado más de lo suficiente, y que muy pronto la suerte cambiaría, pero yo no quise escucharle.

Entonces los demás jugadores, agrupándose a mi alrededor, apuntaron su dinero donde yo colocaba el mío; y allí donde iba la hebilla era seguro que la aguja se detendría en frente. Alguien mandó traer un imán para ver si aquella curiosa pieza de metal tenía alguna fuerza de atracción; pero la dueña se rió, asegurando que de todos modos el indicador no era de acero.

Cuando hube ganado ocho veces consecutivas, viendo cómo aumentaba rápidamente mi ya considerable ganancia, la banquera se volvió hacia mí y me dijo:

— Joven, veo que juega usted con intrepidez. Quisiera saber su nombre.

— Me llamo Jasper Trenoweth.

Parecióme que los ojos de la mujer habían brillado un momento, y que oprimía los dientes al oír mi nombre; pero esto fué cosa de un momento, y con afable sonrisa repuso tranquilamente:

— ¡Trenoweth... qué nombre tan raro! ¿Suele usted ser afortunado?

— No lo fuí nunca hasta ahora.

— Muy bien; siga usted jugando, pues a mí me agrada esta lucha entre los dos; pero veo que es usted prudente. ¿Por qué no apuesta usted todo ese montón de dinero mientras le dura la suerte?

Tomás apoyó de nuevo su mano en mi hombro, y esta vez insistió en que me levantara; mas yo hice el sordo y permanecí sentado.

— Como usted guste, dije a la banquera, y puesto que usted desea que lo apunte todo de una vez... ¡ahí va!

Y con la mayor calma apunté todas mis ganancias al color negro.

Esto pasaba de locura, era una temeridad; pero gané, y el montón de oro fué ya enorme. Fijé una mirada en la extraña mujer, y la vi tan impasible como siempre.

— ¡Adelante!, dijo.

Tres veces más gané, y fué preciso apelar a la reserva de la banca; mas no por esto se inmutó en lo más mínimo el rostro de la mujer.

Al fin, cansado de tanta suerte, volvíme hacia la banquera y la dije:

— Ya me aburre un poco esto. ¿Quiere usted que cope el resto de la banca?

— Es usted intrépido, Sr. de Trenoweth, repuso la mujer sonriendo. Tal vez se lo lleve usted todo esta noche, pero yo ganaré al fin. Ya le dije que de buena gana perdería con usted, y veo que se aprovecha de mi buena voluntad. Sin embargo, como quisiera poseer esa media hebilla, puede usted jugarlo todo junto.

Apenas pronunciadas estas palabras, puse todo mi montón de dinero y la hebilla al color negro.

Entonces todos los jugadores se inclinaron con ansiedad sobre la mesa para ver el resultado del conflicto; pero ninguno apuntó un cuarto, pues todo el interés estaba en mi puesta. Solamente la mujer y yo permanecíamos impasibles y serenos.

— El color encarnado es propio de muchas cosas, dijo la banquera, mientras que la aguja daba vueltas; ese color tienen la sangre, los rubies y los labios de los amantes; mas el negro es la librea de la Muerte, y ésa ganará siempre al fin.

Mientras la aguja giraba, prodújose un silencio profundo, tanto que se podía oír muy bien la respiración ansiosa de los jugadores; Tomás me oprimía el hombro con toda su fuerza, y percibía los latidos del corazón del hombre que estaba a mi lado; mas nada de esto me hizo perder un instante mi asombrosa serenidad, que ni yo mismo me explico a. Parecíame que no podía perder, y creo que la banquera presentía lo mismo.

De repente, todos los labios proferieron una exclamación de asombro; apenas miré para ver cuál era la causa, pero al volverme hacia la mujer, vi sus ojos fijos en mí con singular insistencia.

- Caballeros, dijo con su dulce voz después de una breve pausa; por esta noche no jugaremos más. Yo había desbancado.

Tomás me ayudó a recoger las ganancias, mientras los jugadores salían, y no pude menos de mirar otra vez a la mujer así derrotada; pero mostrábase indiferente a la pérdida que acababa de sufrir, si bien seguía mirándome con fijeza mientras yo embolsaba el oro. De improviso sacó del bolsillo un pedazo de papel y un lápiz, escribió algunas palabras y se lo entregó al hombre que la ayudaba en la banca, el cual salió de la habitación.

- ¿Vive usted lejos de aquí?, preguntó la mujer.
- No mucho, contesté.
- Lo digo, repuso, porque debe usted tener cuidado, pues ganar semejante suma es poco menos peligroso que perderla. ¿Le verá a usted otra vez por aquí con su talismán? ¡Ah! Permítame mirarle otra vez.

Como estábamos allí los tres solos, se lo entregué sin reparo; examinólo durante un minuto y después me lo devolvió.

Ya comenzaba a despuntar el nuevo día, y una luz pálida, penetrando a través de las ventanas, comunicaba repugnante realidad a la escena; las sillas desordenadas, el suelo cubierto de pedazos de papel, las luces apagándose, y en todas partes los vestigios del juego desenfrenado. Pero lo más espantable de todo era el rostro amarillo de aquella mujer, más fatídico aún por el brillo de las joyas que engalanaban su persona; parecía la diosa de la musa del juego.

Habíamos llegado a la puerta y penetrábamos en el obscuro pasadizo, cuando Tomás murmuró a mi oído:

- ¡Alerta, ese papelito de la vieja no indica nada bueno!

Un momento después oí pasos a mi izquierda, parecióme ver que brillaba alguna cosa y sentí que me descargaban un vigoroso golpe en el pecho, tanto, que me hizo retroceder dos pasos. Seguidamente Tomás asestó un tremendo puñetazo no sé a quién, y me dijo apresuradamente:

- ¡Corre, corre sin detenerte!

Franqueamos en un instante el espacio oscuro y conseguimos ganar la puerta exterior: desde allí pude ver aún, a la luz de las bujías, la figura de la mujer amarillenta, sentada e inmóvil.

Un momento después nos hallábamos al aire libre, y apresuradamente atravesamos varias calles solitarias. Tomás guiaba y yo iba detrás, oprimiendo con las manos mis bolsillos para que no se cayese el dinero. Nadie nos seguía ni habíamos visto un alma. Sin aliento casi y con la frente bañada en sudor, nos detuvimos en el Strand, uno de los barrios principales, para reposar un momento.

- Por fortuna, dijo Tomás, las calles están muy tranquilas aun.

- Recuerda que hoy es domingo, repuse yo.

Apenas pronunciadas estas palabras oí un sonido metálico detrás de mí: era la media hebilla de oro, que se me había caído, y recogíla apresuradamente.

- Esto es muy extraño, exclamé.

- Nada de eso, repuso Tomás; mírate el pecho.

Hicélo así, y observé que tenía como un corte en la ropa poco más arriba del corazón; al aplicar la mano cayó una moneda de oro, y después otra, que rodaron por el suelo.

Tomás las recogió al punto y devolviómelas.

- Jasper, dijo, puedes dar gracias a Dios por haber escapado con vida.

- ¿Qué quieres decir?

- Que ahora serías hombre muerto si no hubieras llevado en el pecho ese pedazo de metal; permítame mirarle un instante.

Los dos le examinamos, y vimos casi en el centro de la media hebilla un agujerito.

- Vamos pronto a casa, dijo Tomás después de un instante de silencio; no convendría que nadie nos viera con todo este dinero.

Cruzamos el Strand, y poco después llegamos a la puerta de nuestro alojamiento, donde yo me detuve.

- Tomás, dije, voy a dar un largo paseo y a bañarme, para ver si puedo olvidar un poco la terrible noche que acabamos de pasar. Sube a nuestro cuarto y oculta el dinero donde mejor te parezca. Yo no quiero llevarme ahora más que una moneda o dos.

- Como quieras, contestó mi compañero; pero yo voy a dormir, y si fueras prudente, te acostarías también.

- No, volveré esta tarde, y entonces veremos lo que se ha de hacer.

- ¿Pero dónde vas?

- ¡Oh!, a cualquiera parte, tanto me importa; tal vez haga una excursión por la orilla del río.

- ¿Quieres que te acompañe?

- No, prefiero ir solo; mas no me separaré de ti sin darte gracias por haberme salvado la vida.

- No he sido yo, Jasper, sino el talismán.

- Insisto en que te la debo a ti. ¡Qué soberbio puñeteo descargaste sobre el asesino!

Tomás se sonrió, y mientras yo franqueaba la escalera presuroso, alejéme un poco triste por las desiertas calles.

XIV

EN QUE SE TRATA DE UNA HISTORIA DE AMOR

Cuando Tomás me preguntó a dónde iba, habíale contestado que pensaba hacer una excursión por la orilla del río; pero a decir verdad, no estaba seguro de ello.

Como quiera que sea, en la tarde de aquel mismo día, que era domingo, hallábame en la orilla izquierda del Támesis, entre Streatley y Pangbourne, junto a mi bote amarrado, y tendido de espaldas en medio de una espesura.

Hacia ya una hora que estaba en tal posición, mirando el cielo a través del ramaje, y haciendo reflexiones sobre mi aventura de la noche pasada. Los pajarillos trinaban entre el follaje; de vez en cuando oía el grito del martín pescador, que cruzaba el espacio con la rapidez de una flecha para caer sobre algún pececillo; y de pronto vi una avecilla de plumaje negro, que posándose sobre la copa de un árbol inmediato, sin haber notado mi presencia, comenzó a cantar alegremente.

Sus trinos eran muy melodiosos, mas a fuerza de repetirse parecíanme monótonos; poco a poco me sobrecogió el sueño, y al fin quedé profundamente dormido.

¿Qué sonido interrumpía mi sueño? Seguramente no serían los trinos melodiosos del avecilla negra... No; era una voz humana, una voz de mujer; pero dulcísima y musical, que entonaba una canción. Me incorporé para escuchar; sin duda sería una joven; mas ¿dónde estaba? Miré a mi alrededor y a nadie vi, pero a mi oído llegaron las siguientes palabras de una estrofa:

Flor de mayo, flor galana...
¿Has visto al Amor pasar?
Voy en pos de él y le busco,
Y no le puedo encontrar.

Tan delicadas y tremolantes eran las notas, que la avecilla negra interrumpió sus trinos como para escuchar mejor; pero al mismo tiempo dejó de oírse la voz y siguióse un silencio profundo.

Después oí hacia mi derecha como un rumor entre el follaje, y la misma voz pronunció estas palabras: «¿Qué haré yo ahora, Dios mío?»

De un salto me puse en pie, y junto a la orilla del río vi el vestido blanco de una mujer que miraba la corriente donde flotaba un bote a unos veinte metros de distancia. El mío estaba en la orilla; pero no pensé en ello, y procedí como lo hubiera hecho otro cualquiera en mi lugar.

Despojéme de mi chaquetón, me descalcé, y cuando la voz me rogaba que no me molestase, sumergíme en las ondas. El bote avanzaba muy poco a poco y no tardé en alcanzarle; introdujeme en él, empuñé los remos y llegué triunfante a la orilla, donde la misma voz de antes dijo con dulce acento:

- ¡Oh!, ¿cómo podré manifestarle mi agradecimiento?

Sin contestar desde luego, amarré el bote en la orilla, y después, un poco sonrojado, al pensar que con mi traje casi andrajoso, y mi cabello goteando agua, mi aspecto debía tener algo de ridículo, osé al fin levantar la vista para mirar a la que me hablaba.

Era una joven verdaderamente encantadora; jamás había visto tan seductora belleza; sus ojos, de color gris obscuro, expresaban la bondad, y en sus menores ademanes revelábase una gracia infinita. Llevaba un vestido de lana blanca, sin adornos; cruzado sobre el pecho, una especie de chal, cuyas puntas pendían detrás de la cintura; y cubría su cabeza con un sombrero de paja de caprichosa forma, bajo cuyas alas escapábanse algunos rizos de color castaño, que los rayos de Febo acariciaban en aquel instante, y que la brisa hacía flotar a intervalos sobre un cuello del más puro contorno.

Tal era la seductora joven que tan inopinadamente se me apareció, y cuya radiante belleza contemplaba yo extático en aquel momento. En la mano derecha llevaba un ramo de flores silvestres, que hacían resaltar más la blancura de su vestido.

Durante un momento nos miramos silenciosamen-

te, sin que, a pesar de mis esfuerzos me fuera posible despegar los labios, como si hubiese perdido el uso de la palabra, y creo que mi ridículo mutismo se habría prolongado si la joven no hubiera preguntado de nuevo:

- ¿Cómo le manifestaré mi agradecimiento?

Abrí la boca para contestar, pero no supe qué decir.

La joven continuó:

- ¿Pero qué necesidad había de mojarse? ¿No es su bote ese que vi amarrado en la orilla? ¿Será que desea usted?..

Sin concluir la frase introdujo la mano en la faltriquera de su delantal.

- ¡No, no, no eso!, exclamé al punto.

Yo olvidaba que mi ropa se hallaba en un estado lastimoso, y al punto comprendí que la joven me había tomado por un mendigo. ¿Por qué no, si en efecto lo parecía? Sin duda mi interlocutora adivinó mi pensamiento y mi humillación, pues apoyando una mano en mi brazo, añadió:

- Dispéñeme usted, joven, pues no ha sido mi ánimo ofenderle.

Miré un instante a la joven sin pronunciar palabra, y ya iba a contestar que en nada me había ofendido, cuando sin darme tiempo, añadió:

- De todos modos, me parece muy extraño que se haya usted arrojado al agua, teniendo a mano su bote.

Tan bondadosa era la mirada de la joven, que a duras penas reprimía el impulso de coger la linda mano que se había apoyado en mi brazo un instante.

- Sí, repuse, ha sido una cosa extraña; pero en aquel momento no se me ocurrió otra.

- ¿Y suele usted conducirse así siempre?, preguntóme, sonriendo.

- No lo sé; pero la verdad es que la presencia de usted me sorprendió.

- ¿Dónde estaba usted cuando me oyó hablar?

- Echado en la yerba.

- Entonces, repuso mi interlocutora ruborizándose, debe haberme oído...

- Cantar; es cierto.

- ¡Oh!

Signifíse otra pausa; la joven tenía la vista fija en la espesura, y parecía reflexionar.

- ¿Por qué no me advirtió usted su presencia?, preguntó

- En primer lugar, porque ya era tarde, pues cuando usted comenzó yo estaba dormido...

- ¿Y sin duda habré interrumpido su sueño...? ¿No es así? Lo siento mucho...

- Pues yo no.

Poco a poco comenzaba a ser algo atrevido, y al observar el rostro de la joven, sedújome más su belleza; pero resentida sin duda de la expresión de mis miradas, díjome con cierta altivez:

- Doy a usted gracias por el favor, y ahora...

Sin poder reprimir mi impulso, sin reflexionar que cometía una imprudencia, cogí su diminuta mano y fijé en ella una cariñosa mirada; pero la retiró al punto, y ruborizándose un poco, díjome con marcada frialdad:

- Debo marcharme... creo que ya le he dado a usted suficientemente las gracias, que es cuanto yo podía hacer, y...

- ¿Y qué?

- Dispéñeme usted mi intención de ofrecerle dinero, añadió con evidente emoción.

- ¿Dispensar a usted? ¿De qué? ¿No parezco acaso un mendigo?

- En todo caso, sería usted un mendigo muy robusto, replicó, sonriendo con bondad.

Yo hice lo mismo, y parecióme que el sentimiento de mi interlocutora se desvanecía.

- Me voy, añadió; no puedo perder aquí más tiempo, porque mi madre estará esperándome. ¿Tendrá usted la bondad de acercar mi bote?

Esta pregunta me sugirió una idea para prolongar la conversación.

- El bote de usted, dije, está muy mojado, y si no tiene usted inconveniente en ello, la conduciré en el mío. ¿A qué punto desea ir?

- A Streatley; pero no puedo...

- Yo también debo ir allí. Permítame conducirla; si lo desea, no la dirigiré la palabra mientras esté en mi bote...

- ¡Oh!, no, no es eso, interrumpió mi interlocutora, ruborizándose de nuevo... Es que yo sé remar muy bien, y no me importa mojarme un poco.

- Si no la he ofendido a usted, admita mi ligero servicio.

- No, no.

- Pues entonces, creeré que está usted resentida.

(Se continuará.)

MELILLA. - CONQUISTA DE UNA NUEVA POSICIÓN. (Fotografías de Lázaro.)



Soldados de infantería disparando contra los rifeños que a su regreso del zoco de Kelatcha tiroteaban a nuestras fuerzas.

Nuestras valientes tropas que tan alto sostienen el nombre de España en Marruecos, han conseguido recientemente una importante victoria que las ha puesto en posesión de nuevas y estratégicas posiciones que permiten extender considerablemente la acción civilizadora de nuestra patria en el Rif. Nos referimos al paso del río Kert y a la ocupación del macizo montañoso de Tikermín, operaciones efectuadas el día 16 de los corrientes con el mayor éxito y con escasos sacrificios, merced a su hábil preparación por el Comandante general de Melilla Sr. Gómez Jordana y la pericia con que bajo la dirección del mismo se llevaron a cabo.



Café moro adicto a España observando los movimientos del enemigo para comunicarlos al Comandante general Jordana

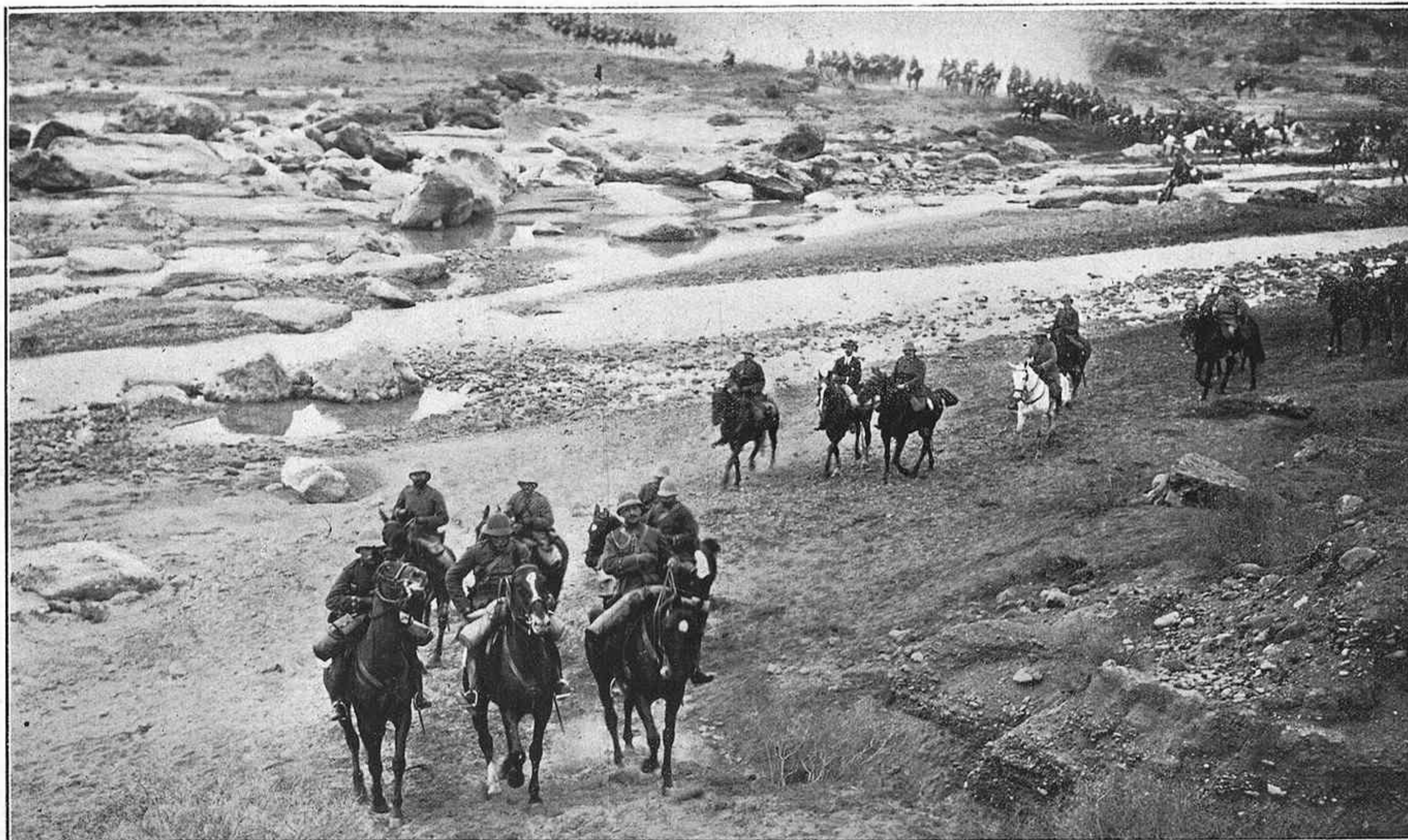
Fuerzas del tabor de Alhucemas sosteniendo la retirada de la policía indígena después de la sangrienta lucha que sostuvo con los partidarios de Burrahai.

Tomaron parte en estas operaciones las brigadas Villalba y Aizpuru, la columna afectada al cuartel general, la columna Fridrich y nueve más, cada una de ellas con los servicios auxiliares indispensables que habían sido minuciosamente organizados por la sección de campaña del Estado Mayor. Al amanecer, las fuerzas indígenas pasaron el río Kert por distintos sitios y tras ellas avanzaron las tropas regulares, que fueron ocupando una tras otra, y sin encontrar resistencia, las diferentes posiciones que les habían sido previamente designadas.

El general Jordana visitó luego las posiciones tomadas, empezando por las que ocu-



Moro policía del gum de Abd El Al-lah parapetado detrás de su caballo muerto tiroteando al enemigo mientras sus compañeros recogen el cadáver de su jefe.



El Comandante general Gómez Jordana con su cuartel general pasando el río Kert después de haber avanzado nuestras tropas victoriosas cantando los himnos de sus regimientos

paba la brigada Villalba, cuyas fuerzas sostuvieron, una vez dueñas de ellas, ligero tiroteo con varios grupos de M'Talza que trataban de avanzar, mientras en otras posiciones cercanas a aquéllas las tropas indígenas batíanse denodadamente con los rebeldes capitaneados por Burrahai. En aquella lucha fué muerto el oficial del *gum* Abd El Al-lah, moro prestigioso que desde hace años prestaba excelentes servicios a España; era un hombre valeroso, respetado y temido; sus superiores le profesaban extraordinario cariño y los hombres que estaban a sus órdenes lo adoraban.

En la posición X, que resultaba ser de extrema vanguardia, se hicieron difíciles y peligrosísimos los comienzos del parapeto, pues desde las casas del poblado de Ticharet nuestras tropas fueron hostilizadas durante tres horas, sufriendo algunas bajas. Los agresores eran los concurrentes al zoco de Kelatcha, poco amigos de nuestra penetración y que de aquel modo quisieron protestar de nuestro avance, que los irritó por lo inesperado.

Sucesivamente visitó el general Jordana las demás posiciones, felicitando a los generales y a las tropas por el acierto con que habían cumplido las órdenes que les habían sido dadas, y presenciando los trabajos de fortificación.

A las cuatro en punto, el Comandante general ordenó el repliegue; a aquella hora quedaban terminados los parapetos, tendidas las alambradas, montadas las tiendas, provistos los repuestos de víveres, municiones y agua, y or-

Lavarse con Jabón
HENO de PRAVIA
es como ponerse

un guante
de :
**flexibilidad,
blancura,
perfume,
suavidad,
gracia**

A. Ehrmann.

ganizados todos los servicios. El movimiento se efectuó por el orden siguiente: primero los convoyes y ganado sobrante, después las fuerzas del ejército que no habían de quedar en el macizo; luego la caballería, policía de la misma y reserva general, y en último término las fuerzas del ejército y las de policía que cubrían los flancos. El repliegue se hizo por escalones, por saltos sucesivos, como si se realizara en un campo de maniobras y no frente a un enemigo real.

La brigada Fridrich vióse hostilizada por pequeños grupos apostados en algunos caseríos y montículos.

A las siete, todas las tropas habían repasado el río Kert y media hora después se encontraban en sus puntos de partida.

Los principales jefes de Tikermin salieron al encuentro del general Jordana, cuando éste visitó aquella posición, para darle la bienvenida, haciendo protestas de adhesión a España, bajo cuyo amparo quieren vivir. El general los recibió con extremada solicitud, manifestándoles que muy pronto tocarían los beneficiosos efectos de su sumisión.

Nuestras bajas fueron dos muertos y 25 heridos europeos, y 10 muertos y 27 heridos de las fuerzas indígenas.

La toma de Tikermin representa no sólo la ocupación de un nuevo punto distante algunos kilómetros de la línea que sosteníamos, sino que constituye, además, un golpe formidable a la rebelión, porque Tikermin tiene para los rifeños una importancia excepcional, casi decisiva.

LA GUERRA EUROPEA. - LA INTERVENCIÓN ARMADA DE ITALIA EN FAVOR DE LA TRIPLE INTELIGENCIA

Italia ha abandonado al fin la neutralidad en que había permanecido desde el principio de la actual conflagración europea y separándose de sus antiguas aliadas ha decidido inter-

por 407 votos contra 74 y una abstención, y el Senado por unanimidad, aprobaron un proyecto concediendo al gobierno poderes extraordinarios para el caso de guerra. Este acuerdo, así

A este documento del gobierno italiano ha contestado el austro-húngaro con otro refutando los argumentos de aquél y que termina con la declaración siguiente: «El gobierno austro-



Milán. - Manifestación intervencionista a la que concurren 130.000 personas. Los manifestantes agrupados alrededor del monumento a Garibaldi escuchando el discurso de uno de los oradores en favor de la intervención y contra los manejos neutralistas de Giolitti. (De fotografía de Carlos Trampus.)

venir en la lucha al lado de la Triple Inteligencia y ha declarado la guerra a Austria, previa denuncia del tratado que con ésta la unía.

Mucho tiempo hacía que una gran parte del pueblo italiano se manifestaba resueltamente inclinado a la guerra y en las principales ciudades de Italia celebrábase continuamente manifestaciones en este sentido a las cuales asistían millares de personas que públicamente ostentaban sus sentimientos belicosos. El acto grandioso de Quarto, del que dimos cuenta en el número 1742 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, fué la síntesis de aquel poderoso movimiento nacional.

Sabido es que el ministerio Salandra, considerando que la gravedad excepcional de las circunstancias exigía que la corona pudiese tomar en vista de ellas y con entera libertad la resolución que estimase más conveniente a los intereses de la patria, presentó al Rey la dimisión. Creyóse entonces por algunos que con ello podría conjurarse el peligro de la guerra y esta creencia subió de punto cuando el monarca llamó a consulta al expresidente Giolitti, cuyas opiniones en pro del mantenimiento de la neutralidad eran bien conocidas.

Pero todas las esperanzas quedaron desvanecidas cuando Victor Manuel III confirmó en sus poderes al gobierno del señor Salandra y desde aquel momento vióse claramente que la intervención de Italia era inevitable.

El día 20 de este mes abrióse el Parlamento italiano y después de oídas las explicaciones del Sr. Salandra, la Cámara

como los patrióticos discursos que se pronunciaron, fueron acogidos con explosiones de entusiasmo delirante y las sesiones se levantaron a los gritos de ¡Viva el Rey! ¡Viva Italia!

En aquellas sesiones memorables se repartió el Libro Verde en el que se especifican todas las negociaciones seguidas con Austria desde el 9 de diciembre de 1914 hasta el 4 del actual en que Italia denunció el tratado de alianza con aquella potencia. En este documento de denuncia del tratado se consigna que Italia ha mantenido con fidelidad su alianza, pero que Austria-Hungría, sin ponerse de acuerdo con Italia y desdenando los consejos de moderación del gobierno italiano, notificó en 23 de julio de 1914 a Servia el ultimátum que ha sido causa y punto de partida de la actual conflagración europea, con el cual rompía el *statu quo* balcánico y creaba una situación de la que sólo ella sacaba provecho, quebrantando con esta violación incluso el pacto de neutralidad. Añádese que aun cuando la razón y el sentimiento concuerdan en la necesidad de renunciar a una neutralidad favorable cuando uno de los aliados toma las armas para realizar un programa diametralmente opuesto a los intereses vitales del otro aliado, Italia se esforzó durante varios meses en crear una situación favorable al restablecimiento de relaciones amistosas entre ambos Estados. Mas no habiendo las negociaciones logrado resultados prácticos, Italia, confiada en su derecho, afirma y proclama que recobra desde este momento su plena libertad de acción y declara nulo y sin efecto su tratado con Austria-Hungría.

húngaro no puede admitir la declaración del gobierno italiano de considerar como anulada la alianza con Austria-Hungría para que Italia recobre su libertad de acción, pues tal declaración está en contradicción completa con las obligaciones firmadas solemnemente por Italia en el tratado de 5 de diciembre de 1912, según el cual la alianza fué convenida hasta el 8 de julio de 1920 con el derecho de denunciarla con un año de anticipación. El mencionado tratado no permite anulación o revocación alguna antes de la citada fecha. En vista de que el gobierno italiano denuncia arbitrariamente el tratado, el de Austria-Hungría declina toda la responsabilidad de las consecuencias que puedan resultar de su proceder.»

Como consecuencia de todo esto, el día 23 Italia declaró la guerra a Austria-Hungría, habiéndose retirado de Viena la representación diplomática italiana y de Roma la austro-húngara y la alemana, pues Alemania ha hecho causa común con su aliada, a pesar de que Italia no le ha declarado la guerra a ella.

Italia tiene implantado el servicio militar obligatorio desde el año 1875; la obligación militar dura de los veinte a los treinta y nueve años, sirviendo los soldados dos años en el ejército activo, seis en la reserva del ejército permanente, cuatro en la milicia móvil y siete en la territorial. Las fuerzas que se calcula que Italia puede poder en pie de guerra son 735.000 de activo y primera reserva; 326.000 de la milicia móvil y 2.274.000 de la milicia territorial.

KARLSBAD

EN PLENO MOVIMIENTO BALNEARIO

16 fuentes de aguas minerales. | Número anual de bañistas: 70.000, | 130 Kilómetros de caminos espléndidos a través de los bosques, así como ferrocarriles elevados, teatros, conciertos, diversiones, deportes, etc.

Curas por aguas minerales y baños. | 120.000 transeúntes y turistas.

Comunicación directa de trenes rápidos con todas las grandes ciudades de España

Por informes y prospectos diríjense al **Der Stadtrat** (consejero municipal).